

Economía

El dogmatismo no es un marxismo

Michel Husson

Una de las cuestiones en juego en la crisis actual es la refundación de un anti-capitalismo moderno, desde un doble punto de vista, teórico y político. Se trata de mostrar que esta crisis afecta a los fundamentos mismos del capitalismo, que está en un punto muerto del que sólo se puede salir por un cuestionamiento de las relaciones sociales esenciales de este sistema. Es una tarea urgente y prioritaria en la coyuntura actual: con la crisis, se ha abierto una carrera de velocidad entre la barbarie y la transformación social y esta alternativa es tanto más central cuando la crisis ecológica domina sobre el conjunto.

Por desgracia, entre sus numerosos daños colaterales, la crisis suscita desde hace algunos meses una serie de contribuciones que se coloca bajo el signo de un dogmatismo contraproducente y bastante desalentador. Fiel a un principio elemental de economía (la asignación óptima de los recursos escasos) este texto evitará una discusión detallada; busca más bien despejar los principales puntos de apoyo de este nuevo dogmatismo y mostrar cómo desemboca, de forma bastante lógica, en una postura política ilusionista.

La tasa de ganancia baja, está en Marx

El punto común de las contribuciones en discusión/1 es hacer referencia a la interpretación ortodoxa de la ley del descenso tendencial de la tasa de ganancia. Algunas de ellas la oponen frontalmente a la tesis, bautizada como “*sub-consumicionista*”, según la cual la crisis actual provendría por el contrario de un exceso de ganancia.

Comencemos por el lado práctico de las cosas. Desde hace varios años crece entre los trabajadores un profundo sentimiento de indignación, ante los “salarios” indecentes de los patronos, los beneficios extravagantes de las sociedades del CAC 40 [*índice bursátil calculado a partir de las 40 principales empresas que cotizan en la Bolsa francesa*], el comportamiento de las empresas que despiden incluso cuando obtienen beneficios. ¿Qué hacen los “sabios marxistas”?

1/ Ver las contribuciones de François Chesnais y de Louis Gill así como las reacciones de Alain Bihr en la web “*A l'encontre*”: <http://tinyurl.com/alencou> o en <http://hussonet.free.fr/capicola.htm>.

“Desde el punto de vista de la crítica del capitalismo, uno de sus rasgos más significativos, que está en el origen de la financiarización, es que la tasa de ganancia crece, pero la tasa de acumulación no la sigue. Dicho rápidamente: el capitalismo prefiere no responder a las necesidades sociales si no le garantizan una hiper-rentabilidad”

Les explican doctamente, con las obras completas de Marx en bandolera, que la crisis proviene del descenso de la tasa de ganancia. Ésta es la teoría que permitiría a los trabajadores comprender mejor lo que se les viene encima.

Si fuera verdad, evidentemente habría que decirlo, aunque choque con las percepciones espontáneas. Pero, en este caso, hay más comprensión del capitalismo cotidiano entre los trabajadores indignados por la rapacidad de los poseedores que entre los exégetas de *El Capital*. Marx, Lenin o Bujarin, por citar algunos nombres famosos, pasaban una buena parte de su tiempo consultando las estadísticas “burgue-

sas” de su época. Más cercano a nosotros, Ernest Mandel creía útil batallar contra los dogmatismos de la época que se obstinaban, contra toda evidencia, en defender e ilustrar la tesis de la “pauperización absoluta”.

Hoy día la evidencia es flagrante: la tasa de ganancia aumenta tendencialmente desde mediados de los años 1980. Todas las fuentes estadísticas conducen a una constatación idéntica. Para mantener el dogma de la caída tendencial hace falta corregir estas estadísticas de manera que se restituya la “verdadera” tasa de ganancia, la que desciende. Aunque esto sólo es posible al precio de errores conceptuales. Así, Alan Freeman/2 exhibe una tasa de ganancia a la baja olvidando que el capital constante transmite su valor al producto. Robert Brenner/3 liquida la teoría del valor a partir de un modelo en el que las ventajas de productividad hacen bajar los precios y recortan la ganancia en proporción/4. El propio Chris Harman/5, aún deseoso de restablecer el dogma, se ve obligado a admitir que “*las tasas de ganancia se han recuperado desde alrededor de 1982 –aunque sólo en torno a la mitad del declive que había tenido lugar en el período precedente*”. Esta reserva no está siquiera verificada en el caso de Europa, si se refiere a las evaluaciones de Duménil y Lévy/6.

Sin embargo, los datos brutos disponibles ofrecen una constatación sin ambigüedades. Si se relaciona el excedente neto de explotación con el stock de capi-

2/ Freeman, A. (2004) “The Case for Simplicity: a Paradigm for the Political Economy of the 21st Century”. En A. Freeman, A. Kliman y J. Wells (eds.) *The New Value Controversy and the Foundations of Economics*. Edward Elgar.

3/ Brenner, R. (1998) “The Economics of Global Turbulence”. *New Left Review*, 229.

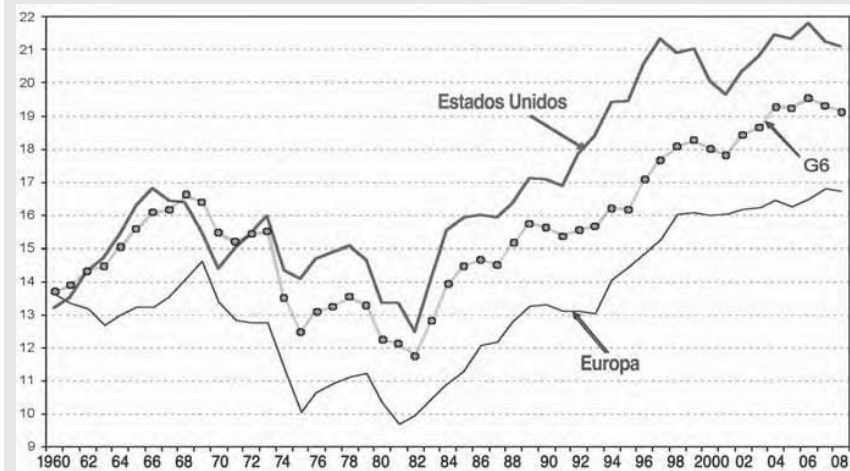
4/ Husson, M. (1999) “En surfant sur l’onde longue”, <http://hussonet.free.fr/brenner2.pdf> versión francesa de “*Riding the long wave*” publicado en *Historical materialism*, 5, <http://hussonet.free.fr/surfing.pdf>.

5/ Harman, C. (2007) “Le taux de profit et le monde d’aujourd’hui”, traducido de *International Socialism*, 115, <http://gesd.free.fr/harman7.pdf>.

6/ Duménil G. y Lévy, D. (2000) *Crise et sortie de crise*. París: PUF, pág. 35.

tal neto, aparece una muy clara tendencia al aumento de la tasa de ganancia en los principales países capitalistas. Esta evolución es lo suficientemente pronunciada para que no se pueda esperar una inflexión significativa por correctivos más o menos apropiados (gráfico 1).

Gráfico 1: la tasa de ganancia, 1960-2008



Fuente: Comisión Europea, base de datos Ameco, <http://tinyuri.com/ameco8>
 Europa= Alemania + Francia + Italia + Reino Unido G6= 4 de Europa + Estados Unidos + Japón

Desde un punto de vista teórico, y al riesgo de parecer iconoclasta, es forzoso constatar que la versión clásica de la ley del descenso tendencial plantea problemas: existe en efecto una tendencia, pero también contratendencias. La tendencia deriva del aumento del capital *per capita* (cada vez más “máquinas” para un número dado de asalariados). Como la plusvalía es proporcional al trabajo explotado, tiende a reducirse si se la relaciona con el volumen de capital comprometido.

Pero, entre las contratendencias, la productividad del trabajo permite reducir el coste de las “máquinas”. Y esta contratendencia puede compensar el aumento del número de “máquinas” de tal manera que la evolución de la composición orgánica sea indeterminada. Es exactamente lo que escribió Marx cuando examinó las “*causas que contrarrestan la ley*”:

La misma evolución que hace crecer la masa de capital constante respecto al capital variable hace bajar el valor de sus elementos como consecuencia del crecimiento de la productividad del trabajo, e impide así que el valor del capital constante, aunque crece sin cesar, no aumente en la misma proporción que su volumen material. En tal o cual caso, la masa de los elementos del capital constante puede aumentar, mientras su valor permanece inalterable o incluso disminuye **17**.

17 Marx, K. *Le Capital*. Editions sociales, 1957. Libro 3, Tomo 1, págs. 248-249.

Marx precisa un poco más adelante que “*las mismas causas que engendran la tendencia a la baja de la tasa de ganancia moderan también la realización de esta tendencia*”. Pero, precisamente porque se trata de las “*mismas causas*” (la productividad del trabajo), no hay ninguna razón *a priori* para pensar que la tendencia se imponga sistemáticamente sobre la contratendencia. “*La productividad del trabajo es susceptible de compensar a la vez, de manera perfectamente simétrica, la progresión del salario real y la sobrecarga del capital físico*” **18**. O bien, habría que postular que la productividad del trabajo progresa sistemáticamente menos deprisa en la sección de bienes de producción que en la de bienes de consumo, pero la configuración inversa es más extendida.

Dicho de otra forma, el numerador y el denominador de la tasa de ganancia pueden permanecer constantes, y por consiguiente la propia tasa de ganancia. Hay que restituir por tanto el enunciado de Marx en un análisis de la dinámica larga del capitalismo y presentar una versión de largo plazo de la ley que podría enunciarse así: “*Las condiciones de funcionamiento del capitalismo pueden existir durante un período bastante largo, pero los dispositivos que aseguran su obtención no son estables o en todo caso no pueden ser reproducidos de forma duradera*” **19**.

¿Una crisis absolutamente clásica?

Insistiendo en el aspecto “clásico” de esta crisis de sobreproducción, los ortodoxos dejan de lado su carácter sistémico. El propio término “crisis” es engañoso, porque designa diversos niveles que habría que distinguir. Por simplificar, en la historia del capitalismo –y en el análisis de Marx– se pueden encontrar tres tipos de crisis:

- las crisis cíclicas que corresponden al funcionamiento normal del capitalismo y de las que se sale por el juego de mecanismos “endógenos”, internos al sistema;
- las grandes crisis (por decirlo con la imagen de Robert Boyer) que marcan el final de una onda larga expansiva (por decirlo con el concepto de Mandel): para salir de estas crisis, hace falta redefinir, de manera “exógena” (no automática), las condiciones de la explotación y de reproducción del sistema;
- las crisis sistémicas, cuando están en juego los principios mismos del funcionamiento del capitalismo.

Pasar de uno a otro de estos niveles, equivale a pasar de un marxismo simple, o simplista, a un marxismo complejo y radical. En el fondo, los análisis calificados aquí (seguramente, sin razón) como “ortodoxos”, no superan el nivel de la crisis cíclica y empujeñecen la dimensión de esta crisis, al reducirla a los determinantes habituales del ciclo, que se aplican por ejemplo a la baja de la tasa de ganancia en Estados Unidos entre 1997 y 2000.

18 Para una presentación sintética, ver Husson, M. (1996) “Sur la baisse tendancielle du taux de profit”, <http://hussonet.free.fr/tprofbis.pdf>.

19 Husson, M. (1996) *Misère du Capital*. Syros. <http://hussonet.free.fr/mdk.pdf>.

Para pasar a la segunda etapa, hay que integrar la aportación de la teoría de las ondas largas y acceder a una comprensión del capitalismo a la luz de la historia, esto es, a una conceptualización concreta. Esto es lo que falta a los “ortodoxos”, que acumulan las citas de Marx, como si los cambios ocurridos en el capitalismo fueran puramente accesorios. O bien, se refieren más o menos explícitamente a una periodización “trotskista” en la cual, según la famosa fórmula, “las fuerzas productivas han dejado de crecer” después de que Trotsky lo hubiera dicho.

En una polémica ya antigua pero muy reveladora, François Chesnais recordaba que, para Marx, “la elevación de la tasa general de plusvalía es una propiedad general del sistema capitalista como tal”. De ahí argumentaba que la recesión de 1974-1975 no había introducido ninguna ruptura en la evolución de la productividad y de la tasa de plusvalía/10. Sin embargo, el análisis del capitalismo contemporáneo debe integrar, entre otras, estas dos rupturas: desde los años 80, aminoran las ventajas de productividad y la tasa de explotación se pone a aumentar tendencialmente. Esta doble ruptura corresponde al paso del capitalismo “fordista” al capitalismo neoliberal, o dicho de otra forma, al final de la onda larga expansiva de postguerra.

Cualquier análisis surgido de un marxismo vivo es bien pronto acusado de “regulacionista”, desde el momento en que pretende distinguir una periodización basada en una disposición diferente de los esquemas de reproducción. En sus comienzos, sin embargo, la escuela de la regulación había aportado mucho en cuanto a la comprensión del capitalismo contemporáneo, pero pronto derivó hacia una especie de búsqueda sistemática de armonía/11.

Pero lo más grave es sin duda la incompreensión de la naturaleza de la crisis que puede explicarse por una lectura parcial de Marx. Puestos a simplificar, es en los *Grundrisse*, y bastante poco en *El capital*, donde se encuentran los elementos de un análisis de la crisis sistémica, la que sobreviene no sólo porque bajaría la ganancia, sino porque el modo de eficacia económica propio del capitalismo aparece demasiado “estrecho”, habida cuenta de los progresos de la productividad. El capitalismo, escribía Marx,

pretende medir las gigantescas fuerzas sociales así creadas según el patrón del tiempo de trabajo, y encerrarlas en límites estrechos, necesarios para el mantenimiento, en tanto que valor, del valor ya producido. Las fuerzas productivas y las relaciones sociales –simples rostros diferentes del desarrollo del individuo social– aparecen únicamente al capital como medios para producir a partir de su base estrechad /12.

10/ Chesnais, F. (1996) “Quelques éléments de réponse aux remarques de Claude Serfati”, *Carré rouge*, 3; ver también Husson, M. (1997) “Contre le fétichisme de la finance”, *Critique communiste*, 149. <http://hussonet.free.fr/finance97.pdf>

11/ Husson, M. (2001) “L'école de la régulation, de Marx à la Fondation Saint-Simon: un aller sans retour?”. En J. Bidet y E. Kouvelakis, *Dictionnaire Marx contemporain*. París: PUF. <http://hussonet.free.fr/regula99.pdf>

12/ Marx, K. *Fondements de la critique de l'économie politique [Grundrisse]*. Editions Anthropos, 1968. Tomo 2, pág. 223.

“Los dogmáticos son decididamente los reyes de la ruptura: después de haber roto con la tradición de un marxismo vivo, echan por la borda cualquier reflexión estratégica y en particular la lógica transitoria, por emplear la terminología trotskista”

Desde el punto de vista de la crítica del capitalismo, uno de sus rasgos más significativos, que está en el origen de la financiarización, es que la tasa de ganancia crece, pero la tasa de acumulación no la sigue. Dicho rápidamente: el capitalismo prefiere no responder a las necesidades sociales si no le garantizan una hiper-rentabilidad.

Esta explicación es barrida de un manotazo por Isaac Johsua: “En definitiva, la tesis de las ganancias que abandonan la inversión por las finanzas, no parece muy segura. Tampoco la de una crisis de mercados. Creo más justo atribuir la crisis actual a la inestabilidad crónica del capitalismo” /13. La tautología queda elevada al rango de teoría: hay crisis por la “innata inestabilidad del capitalismo” y la “llegada de una crisis [me] parece lógica”.

Patrick Artus, un economista poco sospechoso de radicalismo o de marxismo, comprende mejor esta contradicción entre lógica de ganancia y satisfacción de las necesidades sociales, cuando explica que el capitalismo debería “aceptar un menor rendimiento de las inversiones, una menor rentabilidad del capital” (*Flash Natixis*, N° 42, 29/01/2008) y la banca debe renunciar a los “activos artificiales cuyo sustrato no conduce a la financiación de inversiones útiles” (*Flash Natixis*, N° 87, 29/02/2008). Muy justo, en el fondo, y al mismo tiempo extremadamente ingenuo, ya que, por naturaleza, el capitalismo no puede aceptar semejante recomendación.

Sobreproducción o subconsumo: hay que elegir
Este discurso demuestra sobre todo que el dogmatismo es irreconciliable con la dialéctica y que allí donde Marx articulaba de forma brillante la creación de la plusvalía y la necesidad de su realización, nuestros marxistas llegan deprisa a un ultimátum. O afirmáis que esta crisis es una crisis clásica de sobreproducción y de sobreacumulación, y por tanto tenéis derecho a reclamaros del marxismo; o insistís en las dificultades de la realización, y sólo sois unos pobres keynesianos. Es monótono responder a este diluvio argumentario hecho a base de “copiar y pegar” citas de *El Capital*, muchas veces interpretadas a contrasentido, y nos limitaremos aquí a remitir a un texto de Ernest Mandel donde

13/ Johsua, I. (2009) *La grande crise du XXIe siècle*. La Découverte.

insiste en el hecho de que las crisis combinan siempre diferentes factores que es absurdo separar y sobre todo jerarquizar/14.

Muy recientemente, dos textos de Alain Bihir/15 y de Marcel Roelandts/16 abogan de forma convincente y documentada por una aproximación multidimensional a las crisis, sin por ello renegar del marco de análisis marxista, que contribuyen por el contrario a restituir en toda su riqueza.

Los esquemas estrechos de la mono-causalidad conducen a un análisis invertido de las finanzas. Ésta sería parasitaria, predatora, etc., dicho de otra manera, puncionaría indebidamente la plusvalía, impidiendo al capitalismo acumular capital. Si quisiéramos ser polémicos, podríamos decir que este análisis no se diferencia claramente del arrogante eslogan de Sarkozy: “Hay que oponer al capitalismo financiero el capitalismo de los empresarios” /17.

En todo caso, esto da lugar a asombrosos desarrollos teóricos de los que podemos dar algunos ejemplos. Duménil y Lévy explican que “la tasa de acumulación está dominada por la tasa de ganancia retenida” y que “el ascenso de la tasa de ganancia, antes del pago de intereses y dividendos, fue confiscado por las finanzas” /18. Desde luego, la tijera entre ganancia y acumulación desaparecería si se razona en base a esta tasa de ganancia retenida por las empresas. Pero es una explicación tautológica, y una curiosa concepción de la dinámica del capital y de la tasa general de ganancia que es normalmente la determinante de la acumulación, con independencia de su reparto entre las diferentes categorías de capitalismo.

Se puede citar aquí a Marx, que explicaba de forma muy clara lo que precisamente no había que hacer:

Presentamos a propósito esta ley [la baja tendencial de la tasa de ganancia] antes de abordar la división de la ganancia en diversas categorías independientes. Que se pueda exponer esta ley independientemente de este reparto de la ganancia entre diversas categorías de personas prueba de entrada que, en su generalidad, es independiente de esta división y de las relaciones mutuas entre las categorías de ganancia que se derivan (...). El descenso de la tasa de ganancia traduce la relación decreciente entre la plusvalía misma y la totalidad del capital comprometido; es independiente de cualquier clase de reparto de esta plusvalía entre las diversas categorías /19.

En todo caso, deja de lado la verdadera cuestión: ¿por qué el capitalismo contemporáneo no invierte en proporción a la plusvalía que extrae? La respuesta tampoco

14/ Mandel, E. (1982) “L’explication des crises capitalistes”. <http://gesd.free.fr/mandel82.pdf>

15/ Bihir, A. (2009) “Pour une approche multidimensionnelle des crises de la production capitaliste”, web “A l’encontre”, junio. <http://tinyuri.com/bihr69>

16/ Roelandts, M. (2009) “Le cadre méthodologique de la théorie des crises chez Marx et sa validation empirique”, junio (o <http://tinyuri.com/methodo>).

17/ Sarkozy, N. “Discours de Toulon”. 25/09/2008, <http://gesd.free.fr/sarkotoulon.pdf>

18/ Duménil, G. y Lévy, D. (2000) *Crise et sortie de crise*. París: PUF.

19/ Marx, K. *Le Capital*. Editions sociales, 1957. Libro 3, Tomo 2, pág. 131.

co se encuentra en la teoría marxista del “capital ficticio” que François Chesnais presenta como un concepto esencial para la comprensión del capitalismo financiarizado. También aquí, acompañada de un diluvio de citas de apoyo, se hace a algunos (entre ellos al autor de estas líneas) el reproche de no entender la importancia de este concepto. Pero desde hace mucho tiempo está integrado en los análisis —incluidos los míos— que muestran que la valorización de los activos financieros es una forma virtual de riqueza, ficticia si se prefiere el término, cuya realidad sólo se confirma en el momento en que se efectúa el gran salto peligroso a la esfera real /20. Desde este punto de vista, las crisis financieras deben ser comprendidas como otros tantos llamados al orden de la ley del valor. Sobre este punto, no debería haber, y no hay, ninguna divergencia entre marxistas.

La ruptura, o nada

Hay polémicas que habría que ahorrarse. Así, en un texto sometido al Grupo de trabajo económico del Nuevo Partido Anticapitalista (NPA), Robert Rollinat subraya un error que yo habría cometido al escribir: “A partir del momento en que la tasa de ganancia aumenta gracias al retroceso salarial sin reproducir ocasiones de acumulación rentable, la finanza desempeña un papel funcional en la reproducción procurando salidas alternativas a la demanda salarial” /21. No está nada claro, explica Rollinat,

que la ‘demanda salarial’, en descenso relativo (o absoluto), habida cuenta de los procesos antes descritos, pueda constituir una ‘salida’ de la finanza. Esta visión se parece de hecho a la desarrollada en un tiempo por Michel Aglietta y otros sobre el ‘capitalismo patrimonial’ (también se hablaba de ‘capitalismo accionario’): los asalariados podrían acceder, ellos también, comprando acciones, al mercado bursátil.

Esta amalgama basada en un disparate es desalentadora. Cuando se explica que las finanzas procuran salidas alternativas a una demanda salarial que, como se acaba de mostrar, se ha comprimido, siempre aparecerá un Rollinat que entenderá que las finanzas va a permitir a los asalariados acceder a la Bolsa para compensar la congelación de sus salarios. Lo que yo me esfuerzo por explicar desde hace no poco tiempo es que el consumo de plusvalía de los rentistas contribuye a asegurar la reproducción del sistema. Es completamente conforme a los esquemas de la reproducción, donde Marx introduce la plusvalía consumida como salida para la sección de bienes de consumo. En cuanto a la teoría del capitalismo patrimonial, ya le dediqué un capítulo crítico en un libro aparecido en el año 2000 /22.

Tal vez se diga que esto es dedicar mucho tiempo a un epígono mediocre. Pero Rollinat tiene el mérito de sintetizar una postura por desgracia común en

20/ Husson, M. (2008) “Pour une poignée de trillions”. *Régards*, diciembre. <http://hussonet.free.fr/25000.pdf>

21/ Husson, M. (2008) *Un pur capitalisme*. Lausanne: Editions Page Deux, pág. 20.

22/ Husson, M. (2000) *Le grand bluff capitaliste*. París: La Dispute. <http://hussonet.free.fr/bluff.pdf>

la izquierda radical. En otra nota a pie de página, cita la “*regla de los tres tercios*” que yo oponía a la “*extravagante propuesta*” de Sarkozy:

un esquema de salida de crisis basado en un aumento de la parte salarial (*que*) podría obedecer a una regla de los tres tercios: 1/ revalorización de los salarios; 2/ nuevos recursos para la protección social; 3/ nuevos empleos creados por la reducción del tiempo de trabajo. La viabilidad de este programa vendría asegurada por la baja de los dividendos y un recurso creciente al crédito para la financiación de las empresas, sin afectar a las capacidades de inversión, ni siquiera a la sacrosanta competitividad.

Para Rollinat, yo “*parezco sucumbir en [sic] las peores ilusiones*”, porque “*en el contexto actual de la crisis, no es posible que ese ‘programa’ sea puesto en práctica, salvo que rompa totalmente con la lógica del capital*”. Es un nivel parecido al de Denis Clerc que, en otra polémica, descubre, o finge descubrir, que yo “*postulo implícitamente una sociedad que no es del todo capitalista*” /23. Esta posición es muy grave, incluyendo las comillas puestas a programa. Imaginaos a un *super-marxista* interviniendo a la puerta de una empresa que está haciendo despidos ¿Qué diría a los asalariados? En primer lugar la teoría: váis a ser despedidos porque la tasa de ganancia de los capitalistas baja (tendencialmente) desde hace 20 años. Podemos imaginar el ambiente un poco espantado de la asistencia. Vienen después las propuestas, que se condensan en una fórmula mágica: “romper absolutamente con la lógica del capital”. Me gustaría estar seguro de que se trata de una caricatura.

Los dogmáticos son decididamente los reyes de la ruptura: después de haber roto con la tradición de un marxismo vivo, echan por la borda cualquier reflexión estratégica y en particular la lógica transitoria, por emplear la terminología trotskista. ¿De qué se trata? Es bastante sencillo: toda la cuestión es avanzar reivindicaciones que responden a las necesidades mayoritarias y que llevan consigo un cuestionamiento potencial del capitalismo. Por ejemplo, la idea de deducir los dividendos para financiar los empleos creados por reducción del tiempo de trabajo es una idea justa que designa un objetivo práctico. La cuestión de saber *a priori* si puede ser impuesto al capitalismo o implica su derrocamiento es, en cierto modo, secundario. Lo que cuenta es la capacidad de movilización y de intervención activa de los trabajadores que esta consigna pueda ser portadora.

Releamos a Rollinat para comprender bien lo que enuncia: “*en el contexto actual de la crisis, no es posible que ese ‘programa’ sea puesto en práctica*”. Se puede dar la vuelta a esta frase en todos los sentidos: quiere decir que “en el contexto actual de la crisis” no se puede pedir otra cosa que la erradicación del capitalismo. Pero todo marcha bien cada vez que se cae en el puro conjuro (“¡Abajo la propiedad! ¡Abajo el capitalismo!”).

23/ Clerc, D. (2009) “Réponse à Michel Husson”. *L’Economie politique*, 42, abril. <http://hussonet.free.fr/dc2mh.pdf>, 28/06/2009,

Se encuentra de forma subyacente una crítica recurrente, desarrollada sobre todo por Chesnais, según la cual la perspectiva de otro reparto de las riquezas sería en el fondo una versión moderna de las ilusiones reformistas más clásicas. Sólo las consignas que ponen en cuestión la propiedad capitalista tendrían un verdadero contenido anticapitalista. Hay desde luego un vínculo con la lectura teórica de la crisis, como si, fuera de la vulgata “ortodoxa” (descenso tendencial de la tasa de ganancia y sobreproducción), todos los otros análisis quedasen acantonados –en la esfera de la realización– en un simple problema de reparto de las rentas.

Esto significa, una vez más, no comprender que el rechazo a responder a las necesidades sociales porque no son suficientemente rentables constituye la esencia de esta crisis y corresponde a un disfuncionamiento fundamental del sistema. Apuntarlo no conduce a un programa “keynesiano” de relanzamiento salarial, sino al cuestionamiento de la lógica de la ganancia a partir de la afirmación de derechos elementales. La explicación que hay que poner por delante es bastante sencilla: “nuestras vidas valen más que vuestras ganancias” y hay que organizar de otra manera la economía y por tanto la sociedad.

La estrategia debe consistir en avanzar reivindicaciones justas, en mostrar que es económicamente posible y que son los intereses sociales minoritarios quienes se oponen a ellas. Es un método, en suma, experimental: pedimos lo que es legítimo y posible, pero lo pedimos hasta el final y con energía. Así se verá si el capitalismo es capaz de responder a nuestras reivindicaciones (pensamos que no).

Para salir del círculo vicioso (el capitalismo no tiene nada que ofrecer, pero ¿cómo desembarazarse de él?) hay que avanzar la idea de control. ¿Cómo imaginar una irrupción en la propiedad sin la auto-actividad de los trabajadores que deciden controlar sobre el terreno los despidos y los contratos? ¿Cómo prohibir los despidos: por una ley caída del cielo o arrancada bajo la presión de las luchas sociales? Sólo la movilización puede obtener semejante avance, pero pensar que se pueda impulsar partiendo de consignas abstractas, desnudas de cualquier objetivo concreto, es una verdadera regresión que redobla la osificación teórica, apoyándose por supuesto en ella. Este es tal vez el fondo del debate: hay que atarse al purismo de la consigna, más que a su capacidad para promover las luchas sociales y a darles un sentido y un objetivo? En resumen, como proponían Marx y Engels en *La Ideología Alemana*, hay que llamar “*comunismo al movimiento real que busca abolir el orden existente*”.

Michel Husson es economista. Se ha publicado recientemente en castellano su libro *Capitalismo puro*, publicado por Maia Ediciones, con la colaboración de *VIENTO SUR*.